

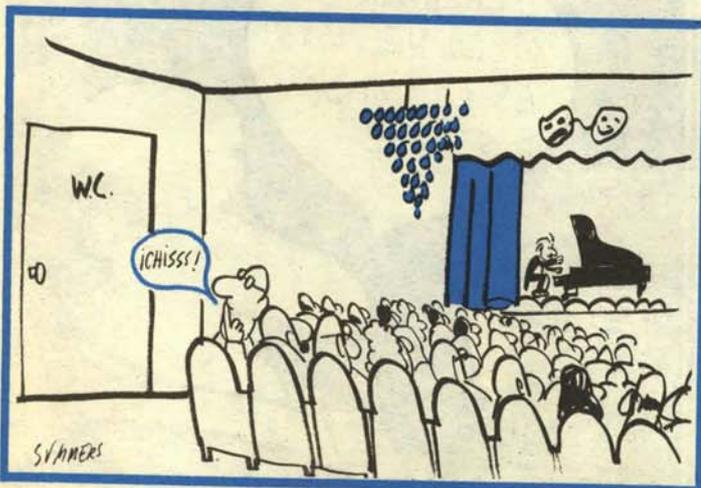
ESTA es una cuestión que hay que aclarar urgentemente, porque, como dicen sabiamente los dialécticos, las circunstancias objetivas en que se enunció ese imperativo moral han cambiado mucho. Para Caín, por ejemplo, el asesinato de su hermano Abel debió ser especialmente doloroso como hecho social porque se cargó de un quijadazo casi a la mitad de los habitantes que poblaban la tierra en aquellos tiempos. Eso es casi tan grave como si el autor de esta breve meditación se dejase arrastrar por sus inclinaciones y matase a quinientos millones de habitantes. Las modificaciones cuantitativas —y vuelvo de nuevo a las sabias doctrinas de los dialécticos— han producido un salto cualitativo. Ahora que todos vivimos apiñados como cerdos es imposible amar a mil millones de prójimos. En Honduras en estos días ha debido de haber treinta mil desesperados colgados de las ramas de los árboles o subidos a los tejados de sus chabolos y a nadie le ha conmovido especialmente el acontecimiento. La televi-

sión, al darnos la noticia, sólo ha conseguido que algunos telespectadores esperásemos preocupados la información meteorológica nacional. Luego, tranquilizados al saber que no iba a llover, hemos vuelto al flán de sobre y al silencio conyugal.

A todo lo más que puede llegar un hombre sano y rico de instintos es a dejar de odiar durante un breve espacio de tiempo a las personas que le son más queridas.

Otra cosa son las prójimas. ¿Quién puede tener fuerza suficiente para no desear la mujer del prójimo, cuando existen repartidas a nuestro alrededor cientos de millones de tales sujetas? Pero de eso hablaremos otro día, porque ahora, por la manera de golpear la puerta, sé que ha vuelto ese hijo de perra a reclamarme los cuarenta duros que le debo. ¿Y yo tengo que amar a esa gentuza? Sinceramente, a pesar de las grandes palabras con que me lo ordenan, lo veo muy difícil.

EQUISYZETA



BAJO el título «Marx, un hombre de centro» ha pronunciado una conferencia en el Centro Centrista un conocido político de eso. Entroncando las tesis hegelianas con la cultura de los celtas, el orador demostró con elocuentes gestos cómo Carlos Marx amó el centro sobre todas las cosas. «Para empezar —dijo el conocido político de eso— nació en el centro de Europa». Ante esta revelación, numerosos asistentes prorrumpieron en aplausos y vivas a Marx que hubieron de ser callados mediante la proyección de escenas bursátiles en una pantalla adyacente. Las dos horas transcurrieron entre vítores y canciones, especialmente cuando se citó la frase de Marx: «A la centrista va la vendida». Trazó luego el conferenciante una diagrama encefálico de Marx, donde se demuestra que todas las isobaras mentales se cortan en un punto equidistante de las extremidades; asimismo argumentó la postura antirreligiosa del personaje como una clara premonición del izquierdismo clerical, bautizado metafóricamente como «opio del pueblo», y aquella negación sistemática suya a ser torero por no querer muletear «ni con la derecha ni con la izquierda».

Al final de la charla se sirvió un vino «rouge» en homenaje a Marx y jóvenes proletarios ofrecieron bandejas de canapés y dulces; mereció grandes elogios el pastel «Lucha de clases», cuya forma es la de un puño cerrado de chocolate con un corazón de oro en su centro.

RUIBAL